

Coros y Orfeones Vascos

Sus jiras artísticas

Cada vez que un coro de éstos sale a cantar fuera de su casa, está visto que el triunfo les acompaña en todas sus actuaciones, lo mismo cuando cantan solos, que acompañados de orquesta.

A mí, a decir verdad, nunca me han sorprendido los éxitos de fuera, ni tratándose del Orfeón ni del coro Easo ni del Maitea, si he de tener en cuenta la escasez de elementos de que se adolece en otras partes, y en contraposición de la línea elevada de nuestros coros.

En Madrid, por ejemplo, hay una masa coral que dirige el maestro Benedito y este grupo actúa raras veces en público en los grandes conciertos; y aun entonces, está reforzado por elementos particulares, como son tenores y bajos de teatro y cantores de iglesia, que de estos sí que hay un rato en Madrid.

Las voces no son por ahí tan viriles como las nuestras; tampoco es tan acentuado el sentido coral, bien arraigado en nuestro país, ya sea en su aspecto sonoro como en el rítmico; gracias a que los mismos autores que han compuesto y armonizado los cantos, han sabido buscar perfectamente el efecto propio de las voces. Eso no quiere decir que en Madrid no pueda haber coros bien dispuestos y con garantía de éxito.

Cuando el Sacramentino P. Gorostidi (de Tolosa) formó una escolanía precisamente en Madrid, nadie pensaba que podría llegarse a una organización semejante, ni que los niños de Vallecas tuvieran talla artística, hasta el punto de que sus voces pudieran sonar tan bien como las de cualquier otra parte; siendo casualmente los mismos que intervinieron en el Palacio de la Música en el estreno del oratorio «Elias», juntamente con el Orfeón Donostiarra y que tanto les elogió la prensa. Lo mismo le ocurrió a otro guipuzcoano, don Eugenio Orbeago, que actualmente dirige la escolanía de Ventas.

Si entre todas las alumnas de Lola Rodríguez de Aragón se intentara formar un coro de voces blancas, estoy seguro de que se conseguiría, de la misma forma que consiguió Roberto Pla el cuarteto de los madrigalistas de la Radio Nacional. Pero el hecho es que esta idea no ha tenido realización, al menos al estilo y con la envergadura de aquí. Una de las dificultades con que se tropieza es la cuestión económica, ya que cada vez que se echa mano de uno de estos profesionales, están obligados a pagar a tanto por ensayo, con la particularidad de que entre nosotros es innata la tendencia al canto y a distinguir el valor de la armonía con más o menos intuición.

Se comprende, pues, fácilmente, que en estas circunstancias, nuestros coros no tienen que hacer en sus andanzas grandes demostraciones de virtuosismo que no conozcamos de antemano y que más bien nos resultan familiares. Por eso triunfan en España y en el extranjero, como lo demuestran los premios otorgados en Llangollen al Easo, al Maitea y al coro de Elizondo, todos ellos galardonados con el primer trofeo, en competencia con otros prestigiosos coros de distintos países.

Dijo un músico donostiarra que aquí se quedan los que no son capaces de salir; cuando la realidad es que los que se marchan lo hacen por querer ganar mucho más haciendo mucho menos que aquí, al menos en calidad.

Vistas las cosas con naturalidad y sobre la verdad de los hechos, no nos debe aturdir tal o cual noticia en cualquier orden de cosas.

Si en España el organista, pongo por caso, llega a ganar mil pesetas al mes, que es lo que se gana de ordinario a excepción de las iglesias como San Vicente de Bilbao y la Concepción de Madrid o la iglesia de Chamberí (en San Sebastián no llega ni a esa cantidad), en Caracas o en Estados Unidos con ese cargo se puede vivir decorosamente. Eso quiere decir que entre nosotros abunda la profesión aun a costa de mal vivir.

Conste que una alumna mía, la señorita María Dolores Gil, inauguró no hace mucho el órgano del Seminario de Caracas al poco rato de marcharse de San Sebastián. Me dijo el amigo Valdés que cuando llegó él a Caracas, se hizo cargo del órgano de una de las parroquias y que el párroco sorprendido le dijo que no podía sospechar que aquel órgano tuviera unos registros tan bonitos y variados. ¿Quién demonios tocaba hasta entonces en aquel órgano?

El organista Taberna, de Alsua, hizo una jira el año pasado por Estados Unidos, llamando la atención por su técnica; en cambio en París, donde la tradición del órgano es una cosa seria, había que atar bien los cabos antes de actuar en público; así como es más fácil para los orfeones sobresalir en el mismo París que en Barcelona, que sigue fiel a su historial brillante desde los tiempos de Millet y el maestro Morera al frente del Orfeo Catalá, considerado como uno de los mejores de Europa, aunque actualmente no sé si se puede decir otro tanto.

Cuando hace un par de años estuve con el amigo Jordá, director de la orquesta de San Francisco de California, le dije que no conocía la orquesta de California ni la de Filadelfia, pero que mucho tendrían que sudar para no desmerecer ante la Orquesta Nacional de Madrid. Se sonrió como diciendo que no me faltaba razón.

He acudido por casualidad a un concurso internacional de canto en Francia acompañando al piano a un tenor guipuzcoano y nada más que dar las primeras notas de la romanza «O Paradiso», aquel hombre arrebató no solamente el primer premio, sino también el de honor, a pesar de tener el concurso carácter internacional.

En Madrid destacan los organistas vascos: Errandonea, organista de Santa Bárbara; Iturriaga, de la Concepción; Soto, del Buen Suceso; la señora Valverde, organista de la Ciudad Universitaria; Guridi, del Conservatorio; P. Bacaicua, y los desaparecidos como Busca Sagastizabal, de San Francisco el Grande; Tellería; Trueba, de San Jerónimo el Real; y Gabiola, profesor del Conservatorio.

Cuando a todos los organistas de Madrid nos sometieron a examen para obtener el título de capacidad, puedo decir que nadie me molestó en esta ocasión, debido a que yo tenía bien acreditada, por lo visto, mi capacidad durante mis actuaciones en los teatros, en la radio y en las iglesias. Y yo soy más bien un organista mediocre.

O sea, que si aun siendo un organista mediocre, me era posible sobresalir de los demás, quiere decir que en Madrid no hay grandes organistas y si los hay demuestra, en cambio, que no soy tan mediano como parece...

Es un círculo vicioso.

Así ocurre, pues, con los coros, con la par-

ticularidad de que éstos están mejor cantando que yo tocando.

Movimiento polifónico

No cabe duda de que la floración artística vocal en los pueblos se debe entre nosotros al que fué verdadero paladín y director del Orfeón Donostiarra, don Secundino Eснаola, que ya en aquella época había conquistado en París el primer premio en lucha con la Societé Royale Reunion Chorale de Shaerbeck, de Bruselas, el más prestigioso coro de Europa. No es, pues, cosa de ahora la superioridad de nuestros coros como queda apuntado al comienzo de este artículo.

No conozco bien la tradición del coro de Rentería, pero deduzco de los programas que llegan a mi casa, que existe una agrupación vocal que actúa en las fiestas del pueblo y en las grandes solemnidades de la iglesia con obras de repertorio que pesan. Aunque no les he oído, puedo decir desde ahora que no dejarán en mal lugar, sino todo lo contrario, el prestigio artístico de este pueblo que me da la impresión de ser un pueblo valiente en todos los sentidos; con criterio bien formado; un pueblo de mucha capacidad y que pisa fuerte allá donde va.

Desde los tiempos en que se cantó la misa mía «Cum jubilo» en esa parroquia, no he vuelto apenas a convivir con los renterianos: hablo de hace unos treinta años. Creo que yo mismo toqué el órgano. Es una partitura que anda medio desperdigada y de la que dijo un escritor famoso que se hallaba presente: «Que no había oído nunca una misa tan original.»

Escribí en esta misma revista un artículo a raíz de la muerte del tenor Echeverría.

Trataba mucho en Madrid con otro tenor renteriano llamado Berasategui, después que volvió de Italia.

Cierta día, con ocasión de cantar en mi parroquia, se tuvo que marchar a casa por no encontrarse bien, dándose la casualidad de que habiendo debutado en esta iglesia, tuviera en ella su última actuación como cantor.

Nuestros coros, viniendo al tema, se distinguen por la brillantez de las voces. Es posible que en el extranjero sean más escrupulosos en la dicción —me refiero sobre todo a coros mixtos—, eliminando todo lo que se refiere a la brusquedad, gemidos inútiles «notas caídas», violentas, guturales, temblonas y agitadas; consecuencia, muchas veces, de no saber respirar. Además de estas condiciones, vigilan mucho el sentido de la interpretación, no cometiendo exageraciones de ritmo, ni de fraseo. Pero aun y todo, se observa la falta de intensidad y arrojo en las gargantas.

En el Buen Pastor de San Sebastián un coro alemán cantó perfectamente la misa de Bach, pero, como digo, carecían de timbre las voces. En San Juan de Luz se celebran todos los años unos conciertos sacros con órgano y voces, o voces y orquesta. Tienen buen cuidado de que las cuerdas suenen por igual, evitando los «virtuosismos» y los defectos desastrosos de las «bollas flotantes» que no son más que el deseo de sobresalir por encima de los demás; pero, ¡cuánto ganarían si a esta sensibilidad se le añadiera la profundidad y el vigor de las voces nuestras!

(Sigue al final del artículo siguiente «Medias Verónicas»)

cable a nuestro pueblo? La Santa se lo merece: Magdalena, hermosa como mujer, como mística, como penitente...

«Preferencias»

Si el arte y la filosofía no son, después de todo, más que simples juegos sin mayor trascendencia, en comparación, sobre todo, con la actual ciencia física y química, aceptados ambos en el terreno del puro deporte, podemos decir que España tiene —según nuestro gusto— los más señeros atletas.

Como cima inmarcesible de la pintura universal y eterna: Velázquez, Greco, Goya. Modernamente Picasso, el superdotado y a veces genial, que ha copado todo lo que se puede hacer en pintura, hasta dejarla exangüe y sin salidas.

Como lugares artísticos únicos, incomparables: El Escorial, Toledo, San Antonio de la Florida.

Y, después... todo lo que Vds. quieren por tierras y pueblos españoles: rebosantes de sorpresas, hallazgos, semicultos y descuidados.

Entre los filósofos —esos planteadores de problemas, como les llama un amigo, pero que no resuelven ninguno—, ciñéndonos a los actuales están Don José Ortega y Gasset, el más brillante lanzador de discos intelectuales; su discípulo Zubiri, donostiarra, embarcado en una obra de profundo calado; y Unamuno, revalorizada su «angustia» por Sartre y otros...

«Illescas»

Volviendo de Toledo, archisaturado de los «locos» que pintó el Greco (se supone —dice Marañón— que los modelos de que se sirvió el pintor fueron escogidos de un manicomio toledano), a 30 Km. de Madrid, es preciso parar en un lugarón, llamar a un convento y os saldrá una hermana que entiende el vascuence; os abrirá la gran verja del presbiterio y, si estabais fatigados del pintor de Creta, se os refrescarán los ojos con cinco portentosos Grecos, bien iluminados y de lo mejor que se conoce. ¡Si los pillaran en América...!

«Tropiezo»

En el Museo de Bellas Artes de Madrid se exhiben cuadros y esculturas de algunos académicos donantes, entre los que figura una cabeza en bronce de Unamuno, de Victorio Macho, magnífica; hay, también, un cuadro de Elías Salaverría, que representa a un organista de Lezo, con su gran libro musical en el atril y letra en euskera. El guía me dijo: —Este es de Emilio Salaverría. —¿Emilio?, no —le dije—, es de Elías. Insistió, llamó a otros guías y concluyó: —Aquí todos le llamamos Emilio. ¡Y fué primera medalla Elías, el casi paisano nuestro...!

«Médica»

La ciencia va consiguiendo, en parte, algunos ideales de la humanidad: vivir

muchos años, suprimir el dolor, hacer que el trabajo no constituya una esclavitud infamante y distribuir los alimentos y primeras materias, racionalmente, según el progreso de natalidad y cultura de los pueblos (esta es la lucha entre Oriente y Occidente).

El médico ha sido, entre las clases y las profesiones, el primer socializado, no habiendo sido comprendidos en la medida, todavía, los médicos recientes y los consagrados o «de alto nivel», que se pueden escapar de ella mientras duren en el País esta euforia dineraria y su sobrevalorización paletoides.

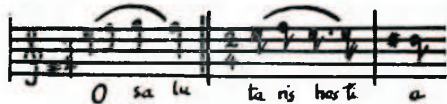
El médico antiguo, de levita, chistera y bastón de puño de plata que entraba —ceremonioso y familiar— en la casa, ha pasado a la historia. Hoy, al médico de cabecera, todo lo más que le admiten es que sea una especie de paraguas que se toma en un apuro para protegerse de un chaparrón y que luego se olvida en cualquier esquina, o bien, como unas zapatillas que usamos para andar en casa, cuando no es un apresurado y malhumorado disparador de recetas. Lo que hoy priva es el «especialista», el que «me echen los rayos» y que los medicamentos vengan de Japón, de Tánger o de Norte-América.

Si surge en nuestra tierra algún genio investigador, enseguida lo acapara la clientela rica que le quiebra su camino y le desvía de su ruta. ¡Que inventen ellos!, repiten con Unamuno.

ANTERITO LERÉN

Coros y Orfeones Vascos (Conclusión)

Hay un motete que cada vez que lo oigo me produce la misma impresión desagradable, porque queda truncada la palabra por buscar un efecto musical:



No es *taris*, sino *salutaris*; por lo tanto, no se debe respirar en el segundo compás.

Algo de esto ocurre con el «Ave María» de Victoria, cuando se acentúan exageradamente las notas de «Sancta María» con una *majestuosidad* que raya casi en la extravagancia.

La interpretación no debe ser hija de un capricho, sino el resultado de un análisis concienzudo de la obra, de acuerdo con los principios de la estética y el carácter de la composición.

El pueblo de Rentería tiene un plantel de músicos ejecutantes que están haciendo un gran papel en todas partes: Lavilla —su padre estudió conmigo—; Corostola herma-

nos; la señora Valverde; Echeveste; Ubiria; Rodríguez, y otros muchos que de haber podido dedicarse en serio a esta profesión hubieran resultado elementos destacados, y son aquellos que modestamente compartían con sus compañeros de la banda de música.

Con esta escuela y este ejemplo magníficos, Rentería debe seguir manteniendo el culto a los coros que es la manifestación del arte que mejor comprende el pueblo, haciendo que palpite al unísono en un aliento de fraternidad, mientras que su corazón se eleva a las alturas sin miedo a luchas y a envidias que no hacen más que entristecer la vida, cumpliéndose de esta manera aquel pensamiento antiguo:

Gizon kantari

Gizon ernari.

Pueblo (hombre) que canta, pueblo (hombre) inteligente.

T. GARBIZU

P. D. No puedo menos de evocar la figura señorial de aquel viajero incansable, Luis Samperio, verdadero entusiasta de la música. Me solía visitar en mi casa de Lezo cada vez que venía de América. Pasábamos los dos muy buenos ratos hablando de los

coros de aquí y de Buenos Aires. Su ilusión era llevar composiciones de autores vascos para cantarlas en el coro «Laurak bat» de Buenos Aires. No sé si alguna vez llegó a dirigir este coro, pero hay una cosa de la que estoy seguro y es de que no pocas veces habría llevado con estas canciones la alegría a los corazones de aquellos que, así como él, se encontraban lejos de su tierra natal.

Al decirle que tenía yo un tío y primos que vivían a mucha distancia de la capital de Buenos Aires y que solamente les conocía por fotografía, me prometió que les visitaría en mi nombre. Efectivamente, en el siguiente viaje y de regreso de la Argentina me dió todos los detalles de cómo era y cómo vivía aquella familia.

¡Bejondeizula! (Gracias.)

Le aseguro, amigo Samperio, que el día de Magdalena o quizá la víspera, a la noche, tocaré para V. alguna de aquellas composiciones que solíamos tocar en mi casa cuando era yo muy joven y no comprendía cómo un hombre podía andar yendo y viniendo con esa facilidad sobre un charco interminable...

T. G.